

Algunas reflexiones sobre la diáspora¹

Nattie Golubov

Centro de Investigaciones sobre América del Norte

En el artículo que da nombre a la colección de ensayos *Imaginary Homelands*, Salman Rushdie sugiere que los *imaginary homelands*, las patrias imaginadas, son aquellos lugares que inventan los escritores exiliados, emigrados o expatriados cuando escriben sobre sus lugares de origen en un intento por recuperar su pasado. *Patrias imaginadas*, la frase en español, sólo parcialmente recupera las dos partes del término compuesto de Rushdie: el *homeland* es –como la patria- la tierra natal, el lugar, ciudad o país en que se ha nacido, pero también es el hogar, depositario de vínculos afectivos, ese lugar que condensa memorias, afectos, relaciones, identificaciones, vínculos que se viven como naturales (Anderson 143). Al relacionar a la tierra con el hogar se establecen vínculos orgánicos entre la naturaleza y la cultura, por lo que la experiencia del desplazamiento se interpreta como una ruptura radical. Rushdie señala que este lugar imaginario está compuesto de fragmentos, remanentes, trivialidades, memorias truncadas que a pesar de su tenuidad contundentemente muestran el “hecho físico de la discontinuidad, que el presente está en otro lado que [el] pasado, que está ‘en otro lugar’” (12). Pero es la continuidad del vínculo con el lugar de origen lo que caracteriza a una diáspora, aunque este lugar sea imaginario, puesto que dota a los miembros de una comunidad dispersa con un punto de arraigo identitario, y los distingue de otros grupos de inmigrantes para quienes la identidad puede constituirse a partir de cualquier otra característica que no necesariamente implica un lugar de origen. Esos vínculos se truncan con la migración, pero en la diáspora se reconfiguran puesto que una de las principales características de las diásporas es que crean su identidad en el cruce de tres emplazamientos: el lugar de origen, el lugar de llegada y el lugar de la propia

¹ Ponencia presentada en el Coloquio Internacional “Políticas de la frontera. Cartografías geopolíticas y culturales”. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, octubre 2008.

diáspora, creando así un complejo entramado de relaciones fluidas e intercambios constantes que se extienden cuando los individuos dispersos se asientan en más de un país, o en varios lugares dentro del país anfitrión.

Hoy quiero hablar brevemente sobre el concepto de la diáspora porque se ha vuelto cada vez más central en las discusiones que tratan sobre la dispersión de grandes grupos de personas que cruzan las fronteras de los territorios estatales, específicamente de una nación a otra. Entonces en un primer momento tengo intenciones de establecer algunas coordenadas teóricas que nos permitan diferenciar a una diáspora y el proceso de diasporización de otros fenómenos como la inmigración. En un segundo momento propongo que la literatura, además de ser un medio de representación que contribuye a la formación de una diáspora, también articula la experiencia de la diáspora, y lo haré a partir de la novela *Brick Lane* de Monica Ali, aunque podría hacerse con base en obras comparables por escritoras como Samina Ali, Bharati Mukherjee, Anita Rau Badami, Kiran Desai, Chitra Banerjee, puesto que hay comunidades diaspóricas de la India en varias naciones como Sudáfrica, Australia, Inglaterra, EE UU, Jamaica y mucha de su literatura describe el paso de la migración a la diasporización. Las obras trazan los procesos por medio de los cuales se *hace* una comunidad, puesto que las diásporas no son sólo resultado de la acumulación de individuos concentrados todos en un solo lugar sino producto precario de un deliberado esfuerzo imaginativo, social y en ocasiones político para constituirse como una comunidad de semejantes en la extranjería.

En su acepción más simple, la palabra diáspora nombra la dispersión de un pueblo de su lugar de origen, y hasta hace relativamente poco se asociaba principalmente con la dispersión del pueblo judío, aunque hay muchos estudios sobre las diásporas griegas, armenias y africanas. Pero a partir de los años 80 el término empezó a usarse de manera tan extensa que perdió su utilidad como herramienta analítica, como en “diásporas culturales” o “diásporas virtuales”, intercambiable con otros términos como comunidades transnacionales, comunidades étnicas o de inmigrantes, confusión en parte resultado de las cambiantes condiciones estructurales asociadas con el proceso de la

globalización. Como señala Stuart Hall, “el flujo irregular de gente y culturas es tan extendido como imparable en la medida en que está patrocinado por los flujos de capital y tecnología” (494). Además, la palabra ‘diáspora’ se usa para designar tanto a los pueblos diseminados como el lugar de su dispersión (Dufoix, 5). Entonces, para comprender mejor las diferencias entre grupos inmigrantes y entender el fenómeno de la migración en su dimensión temporal y espacial parece necesario especificar cuáles son las características de las comunidades diáspóricas, porque los estudios sobre la migración suelen ser útiles para entender las primeras etapas de formación de una diáspora pero son quizá menos aptas para estudiar sus fases ulteriores, sobre todo cuando se estudian las nuevas generaciones.

Las diásporas generalmente tienen las siguientes características: la dispersión de un centro de ‘origen’ a cuando menos dos lugares periféricos; la conservación activa de una memoria, una imagen o mito de la patria original; la creencia de que los miembros de la diáspora no serán cabalmente integrados al país de llegada; el compromiso de volver a la patria y, finalmente, la definición de sí mismas como un grupo a partir de las relaciones que establecen –imaginarias, económicas, políticas o sociales- con la patria. Es evidente que el vínculo entre la patria abandonada y la experiencia de la discriminación en el lugar de llegada son esenciales para la formación de una comunidad diaspórica en un juego constante entre la diferencia y la semejanza, la pertenencia a una comunidad no se percibe como un hecho dado sino como resultado de un proceso productivo que nunca termina porque la identidad diaspórica se produce en la intersección de varias temporalidades, varios emplazamientos, rupturas y dislocaciones: la creación de una patria imaginada es un acto de “reunificación imaginaria” que impone una coherencia imaginaria a la experiencia de la dispersión y la fragmentación que es el legado de las diásporas.

En la novela, el sentido de pertenencia a una comunidad emerge con el paso del tiempo, porque la diáspora bangladeshi en Londres no fue resultado de un éxodo masivo, aunque en la década de los años 60 llegó un grupo grande de trabajadores migrantes de Dhaka para laborar en la industria textil; más bien se ha

constituido gradualmente gracias a las inmigraciones individuales durante un periodo largo, por lo que no todos los miembros de la comunidad llegaron allí por el mismo motivo (económico o político), ni como resultado de exilios forzados. *Brick Lane*, publicada en 2003, traza la historia de Nazneen entre los años 1985 y 2002, una joven que llega a Londres a los 18 años de edad por medio de un matrimonio arreglado con Chanu, hombre cuarentón narcisista que vive aislado de la sociedad blanca, precariamente ubicado tanto dentro como fuera de la sociedad inglesa. Al principio, significativamente, Nazneen sólo sabe decir gracias y perdón (19) en inglés y observa el mundo desde la ventana de su departamento, su mirada restringida al patio interior de *Dogwood Estate*, un conjunto de viviendas populares, pero conforme madura se transforma en más que una observadora pasiva del mundo al participar activamente en la economía local cuando abre una tienda de saris.

La novela ilustra claramente varias formas en que la patria imaginada proporciona un anclaje, un punto de arraigo subjetivo para los personajes que viven al margen de la sociedad inglesa. Chanu, el esposo de Nazneen, es un cliché literario familiar gracias a otros personajes similares como Biswas de Naipaul u Hortense de Andrea Levy, anglófilo y admirador tanto de la familia real como de la literatura inglesa canónica –símbolos de la britanidad imperial más conservadora, una figura tragicómica, un intelectual mediocre que continuamente fracasa en pasar los exámenes de la universidad abierta pero que, sin ironía alguna, orgullosamente cuelga en la sala algunos diplomas obtenidos por cursos tomados por correspondencia. Dado que en los dieciséis años que ha vivido en Londres no ha salido adelante -más bien desciende por la escala social porque termina como taxista- en el transcurso de la novela Chanu transforma su imagen de Bangladesh, que inicialmente describe como un lugar de “campesinos, sin educación. Analfabetas. Cerrados. Sin ambición” (28) y decide volver con la familia convencido de que la sociedad inglesa es decadente.

Entretanto, Nazneen conoce a Karim, un hombre joven y guapo que le lleva material a Nazneen, quien trabaja como costurera en su departamento en *Tower Hamlets*, zona que presenció disturbios raciales y la famosa bomba de clavos de

David Copeland en 1999.² Karim, nacido en Londres de padres inmigrantes, se transforma en fundamentalista islámico porque, como nota la propia Nazneen, “no tiene un lugar en el mundo” (449): tartamudea el bengalí pero se expresa vehementemente en inglés, su atuendo, dominio del idioma y conducta segura son signos de que pertenece plenamente al mundo occidental, y desde la perspectiva de Nazneen, tiene una integridad de la que carecen ella y Chanu porque tiene un lugar en el mundo: esta entereza la seduce. Pero Karim, por su parte, se convierte en su amante porque para él ella encarna “the real thing” (454), lo auténtico, “una esposa bengalí. Una madre bengalí. Una idea de hogar. Una idea de sí mismo que encontró gracias a ella” (454). Nazneen representa la estabilidad y pureza imaginada de la madre patria.

El texto traza dos trayectorias que van en sentido opuesto: por un lado, por medio de la historia de Nazneen, describe cómo se forjan lazos afectivos y económicos entre los miembros de una comunidad cerrada; y, por el otro, explora la recuperación de un origen perdido auténtico que dota a Chanu y a Karim de una supuesta identidad esencial que se ha diluido en Inglaterra. Conforme Nazneen toma control de su vida, sus memorias de Bangladesh se desvanecen, “conforme pasaban los años las capas de gasa se multiplicaban y empezaba a depender de un tipo diferente de memoria. La memoria de las cosas que conocía pero que ya no visualizaba” (217); conforme Chanu fracasa repetidamente en sus intentos por salir adelante, sucumbe a lo que llama “el síndrome del retorno” que inicialmente critica porque “el llamado de la tierra es más fuerte que el llamado de la sangre” (32). Chanu forja una imagen mítica de Bangladesh a partir de la literatura y los libros de historia, sustituyendo su imagen de Inglaterra, también textual: obliga a sus hijas a memorizar el poema de Tagore “Golden Bengal” para que comprendan sus raíces y Bangladesh se transforma en lo que llama “el Paraíso de las Naciones”. Finalmente, decide volver a Dhaka sin su familia para vender jabones. Karim, en cambio, jamás ha ido a Bangladesh y el Islam para él es sólo un símbolo que usa para hacer visible su presencia en un entorno que no reconoce

² Tower Hamlets, zona conocida comúnmente como el *East End* de Londres donde, de acuerdo al censo levantado en 2001, 33% de la población proviene de Bangladesh.

sus derechos, una amalgama de frustraciones y un significante que denota la identidad y la certidumbre. Para Nazneen, en cambio, la religión no es ni política ni religiosa sino un símbolo de esperanza y tranquilidad. En las tramas de Chanu y Karim, Nazneen juega el papel de mercancía u objeto de intercambio, e incluso los blancos la transforman en objeto cuando, por ejemplo, una turista le toma una foto: Brick Lane se ha convertido en un atractivo turístico, la etnicidad es mercancía.

Para equilibrar estas patrias imaginadas por Karim y Chanu, la novela compara la trayectoria de Nazneen con la historia de su hermana Hasina, quien migra dentro de Bangladesh en busca de trabajo cuando huye de un esposo violento, empezando en una fábrica de zapatos, viviendo de la prostitución tras una violación y terminando como trabajadora doméstica. Resulta evidente que Bangladesh no es el paradisíaco lugar rural que imaginan Karim y Chanu, sino urbano, violento e integrado al sistema capitalista global... el rostro de Britney Spears es familiar para la gente en Dhaka, y hay concursos de belleza de *Head and Shoulders* en el Sheraton.

Más allá de que las dos hermanas sean víctimas de una cultura opresiva y exploradora de las mujeres, Hasina es, por una parte, el principal vínculo afectivo que Nazneen conserva con su hogar y un punto de comparación porque su propia trayectoria en Inglaterra está orientada hacia su liberación. Pero Nazneen vive la mitad de su vida en un estado de suspensión, porque nada la arraiga en Londres, y simultáneamente mantiene viva la esperanza de que en algún momento recuperará el hogar, ya sea porque su hermana vendrá a Londres o porque regresará a la patria: durante muchos años, piensa Nazneen “todos los elementos fijos de su vida se habían sentido tan pasajeros. No había motivo para cambiar algo, ni tiempo para cultivar algo” (342). Nazneen, entonces, ha vivido su vida en un lugar donde el tiempo no transcurre porque el presente es fantasmagórico, y en este sentido habita lo que Homi Bhabha denomina el entremedio de la cultura. Resulta evidente que las identidades diaspóricas se generan en un proceso de identificaciones que emergen coyunturalmente, puesto que la dislocación y la diferencia entre culturas muestra que no son hechos dados.

La novela nos ofrece una mirada al mundo que se encuentra detrás de las puertas de una comunidad segregada pero ubicada en el centro de la ciudad, a un lado de la zona financiera pero aislada cultural y socialmente de lo que podría dominarse la cultura dominante. Stéphane Dufoix identifica cuatro configuraciones diaspóricas según las formas en que mantienen lazos con el lugar de origen: el centroperiférico, el enclave, el atópico y el antagonista. El enclave, como es el caso de la comunidad bangladeshi en el *East End* londinense, implica la organización local de una comunidad dentro del país anfitrión, la concentración territorial dentro de otra cultura hegemónica que, con el paso del tiempo, llega a formar parte del tejido urbano. El enclave opera localmente y sus miembros se identifican entre sí por una identidad compartida más que por un vínculo formal nacional, por ejemplo. Como señala Razia, “they leave us alone, and we leave them alone” (73), “ellos nos dejan en paz y nosotros los dejamos en paz”. La novela también describe la experiencia de la discontinuidad: los personajes están desprovistos de la historia local de su comunidad de origen y no pertenecen a la historia oficial de Inglaterra, por lo que viven en permanente transición, estado en que se cruzan temporalidades, el presente y el pasado recordado, y las temporalidades de dos localidades. Parecería que la única temporalidad que queda es la del devenir de la diáspora. Tras una depresión, Nazneen finalmente decide habitar realmente en Londres, no como extranjera asimilada sino como diseñadora de ropa para las mujeres de su propia comunidad.

En *Brick Lane* vemos claramente cómo el *homeland*, que por lo general no se elige sino que es dado, se reconstituye desde otro lado, así que algo que puede parecer natural porque no resulta de la elección –la pertenencia a una familia o a una comunidad- se convierte en asunto de elección. La diáspora bengalí es, desde la perspectiva de la mirada blanca, una comunidad étnica, pero desde la mirada propia está constituida como una comunidad muy variada y en constante transformación. Tenemos, entonces, que la característica definitoria de una diáspora es que sus miembros tienen una cultura compartida o una identidad cultural que conserva elementos del idioma del país de origen, prácticas religiosas, sociales y culturales ya sea en su forma más pura o, con el tiempo, de manera

híbrida. En contraste, los grupos étnicos suelen manifestar un bi-culturalismo atenuado, y están asimilados a un estado pluralista en calidad de comunidades étnicas. Los personajes que mejor ilustran esta asimilación son la señora Azad y la señora Islam, que no por casualidad es usurera.

Y, se preguntarán, ¿qué tiene todo esto que ver con las fronteras que son el tema de este coloquio? Las fronteras políticas entre Estados nacionales delimitan no sólo los límites de la soberanía sino el espacio dentro del cual un pueblo se define a sí mismo en términos de una cultura compartida colectivamente, con base en una especie de “yo verdadero escondido dentro de muchos otros yos más superficiales o artificialmente impuestos que comparten las personas que tienen una historia y ascendencia común”, en palabras de Stuart Hall. Esta es la identidad cultural a la que aspiran Chanu y Karim, la britanidad y la pureza racial que no ha sido contaminada por la historia. Pero hay una segunda manera de entender la identidad cultural, que reconoce la existencia de muchas similitudes entre grupos sociales aunque también acepta diferencias profundas y significativas que nutren la idea de quienes pertenecen a la colectividad. Este concepto de identidad cultural reconoce la historia de rupturas y discontinuidades que son constitutivas de la experiencia diaspórica y, como hemos visto, es una identidad que está siempre en proceso de formación y transformación, no es algo que ya existe, no trasciende el lugar, el tiempo ni la historia porque la identidad no se lleva en la sangre, como marca indeleble en el cuerpo, sino que cambia cuando cambian los espacios. Las fronteras persiguen a los sujetos en todas sus diásporas porque culturalmente se mantienen aislados o al margen de la cultura dominante.

Las cartografías geopolíticas no coinciden con la cartografía cultural simplemente porque la cultura es ahora -y siempre ha sido- híbrida e impura, y sus travesías no pueden impedirse por ninguna frontera estatal, por muy militarizada que esté esa zona de cruces regulados y subrepticios. Cuando se trata de la cultura, las fronteras son contingentes y porosas, las imágenes, la literatura, la música, el cine y los idiomas circulan libremente. Dado que ha habido migraciones desde tiempos inmemoriales, y que la gente se desplaza no sólo entre dos

territorios nacionales colindantes sino de un continente a otro, ¿qué tan útil es la noción de frontera para pensar estos tránsitos cuando la frontera no es ya sólo material sino simbólica y cultural, ya no la línea de las aduanas y la patrulla fronteriza sino el límite de la identidad misma? De hecho, conforme más se mueven las personas menos coinciden estas cartografías y, como resultado, el concepto moderno de nación está en lisa, porque si antes se definía en términos de un pueblo que comparte una cultura común dentro de un territorio cerrado y claramente delimitado, la nueva configuración de la nación incluye ciudadanos que viven físicamente dispersos dentro de las fronteras de muchos otros estados pero permanecen social, política, cultural y con frecuencia económicamente vinculados a la nación de sus ancestros: “sus cuerpos están aquí pero sus corazones siguen allá”, como dice Chanu (32).

Como señala James Clifford, las poblaciones diaspóricas no llegan de otro lugar del mismo modo que los inmigrantes, porque éstos últimos se encaminan a una nueva vida en un lugar nuevo. Pero la nación no puede asimilar a los miembros de una diáspora porque sus identidades están definidas por las historias colectivas de dislocación y de un despojo radical que no puede sanarse por medio de la integración a una nueva comunidad. Esto es particularmente cierto cuando, además, son víctimas de una constante exclusión que simplemente enfatiza su situación de enclave y nutre su resistencia a la invisibilización por medio de la asimilación, el olvido y el distanciamiento. Tenemos entonces que son dos las fuerzas que constituyen lo que podría llamarse la conciencia diaspórica: una positiva, por medio de la identificación con una historia, un mito, una comunidad imaginada y otra negativa, la experiencia de la discriminación y la exclusión.

Obras citadas

Ali, Monica. *Brick Lane*. Londres: Black Swan, 2003.

Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Nueva York y Londres: Verso, 1991.

Dufoix, Stéphane. *Diasporas*. Trad. William Rodarmor. Berkeley: University of California Press, 2008.

Hiddleston, Jane "Shapes and Shadows: (Un)veiling the Immigrant in Monica Ali's *Brick Lane*". *The Journal of Commonwealth Literature* 2005; 40; 57-72.

Rushdie, Salman. "Imaginary Homelands". *Imaginary Homelands. Essays and Criticism 1981-1991*, Londres: Granta Books, 1991. 9-21